La colección Un libro por centavos, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este segundo ciclo de la colección, continuaremos con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana y latinoamericana, con la inclusión de poetas considerados clásicos en diferentes idiomas y países.

El n.º 104 *Poesías* de Guillermo Valencia, 1898, recoge la mayoría de sus poemas, pero no incluye las traducciones que completaban su primer poemario, por exceder el formato de nuestra colección. Reconocemos al Departamento de Libros Raros y Manuscritos, de la Biblioteca Luis Ángel Arango, la generosa y eficiente colaboración que nos brindó para la publicación de este poemario, editado originalmente por la papelería de Samper Matiz.

Consideramos un éxito editorial haber recuperado este texto desconocido, para la mayoría de los amantes del género literario, que confirma a la Universidad Externado de Colombia como pionera en la enseñanza, la divulgación y la promoción de nuestros valores nacionales.

N.º 104

Guillermo Valencia

Poesías

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2014

ISBN 978-958-772-

© Universidad Externado de Colombia, 2014
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Agosto de 2014

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Nomos Impresores

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados
durante 10 años en www.uexternado.edu.co

Universidad Externado de Colombia

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

A su hermano Antonio dedica este libro
GUILLERMO VALENCIA

CONTENIDO

Leyendo a Silva [11], Los camellos [20],
Día de ceniza [24], Los crucificados [28], Motivos [33],
I A la manera antigua [33], II A la manera moderna [35],
Voz muda [38], Croquis [41],
Caballeros teutones [44], Oh paganismo! [46],
El triunfo de Nerón [47], Ovidio en Tome [48],
I El país gético [48], II La súplica [49], III Nostalgia [50],
Turris Ebúrnea [51], Homero [52],
Pigmalion [53], El cuadro de Zeuxis [54],
Decadencia [55], Moisés [56],
I La estatua [56], II El símbolo [57],
Sursum [58], Balada [59],
La muerte del cruzado [64], Cigüeñas blancas [65]

LEYENDO A SILVA

Vestía traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas un río transparente.

Allí la vida llora y la muerte sonríe,
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí cual casto grupo de núbiles Citeres,
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello;

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna…

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

De un templo… y como el ave que ciega el astro diurno
con sus ojos nictálopes ilumina el *Nocturno*

donde al fatigado beso de las vibrantes clines
un aire triste y vago preludian dos violines...
.....

La luna, como un nimbo de Dios, desde el oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca a su hermana: un día la negra Segadora
–sobre la mies que el beso primaveral enflora–

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo… Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

a ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba a Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella... "Pasemos esta doliente hoja
que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja",

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son *calino* y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos a ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos

lanzados en racimos entre las sepulturas
a beberse la sombra de sus noches oscuras…
……

...Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un numen dulcemente atediado
a la ideal belleza del estigmatizado!...

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras a las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagaroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

.....

Oh Señor Jesucristo! por tu herida del pecho
perdónalo! perdónalo! desciende hasta su lecho

de piedra, a despertarlo! con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho!... circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio...
.....

No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del crespo Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza!...
.....

Amor! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso;

Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza;
fue el místico sediento que en el raudal se lanza;

Su muerte fue la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga…

Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo cisne y Leda!...

LOS CAMELLOS

Lo triste es así…
PETER ALTENBERG

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
–bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego–
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos queman la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
Bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
Copiaron el desfile de la melancolía...

Son hijos del desierto: prestoles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la quimera
Sopló cansancio eterno la boca de la esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
"Amamos la fatiga con inquietud secreta..."
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura…

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga;

¡bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
que vais llevando a cuestas el sacro monolito!
¡Tristes de esfinge! ¡novios de la palmera casta!
¡sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome –camello que cabalgó el excidio...–
¡cómo buscar sus huellas, al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con onda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

DÍA DE CENIZA

Y habló sobre mi frente la ceniza
para decirme que la sima oscura
recogerá tras la sangrienta liza
los restos de mi ajada vestidura;

y entre la gruta de los negros hados,
en el regazo de la noche ciega,
seco montón de huesos desatados
verá la luz si a acariciarme llega.

Hoy el pálido numen de lo inerte
a su callada soledad convida
al que vive soñando con la muerte
y al que muere soñando con la vida.

Allí, bajo la cúpula sagrada
donde alivian su espíritu los hombres,
al correr de la turbia marejada
oí sus gritos y olvidé sus nombres:

"No nos dejen morir! La luz colora
cálidos horizontes. Vuela, oh nave,
tajando azul con tu luciente prora,
¡todo es sol, todo es verde, todo es ave!"

[Ay si al dulce clamor de los amados
abre el piélago vórtice que crispa!
si en medio de la mar desembarcados
se apaga su fulgor como una chispa!]

"No nos dejen vivir! Un astro yerto
que empuja el huracán por el vacío
alumbra las arenas del desierto...
¡todo es hiel, todo es sombra, todo es frío!"

"Vivir, vivir hasta que el diente agudo
del último dolor el pecho muerda,
y la esperanza, bajo el golfo mudo
hunda el último mástil y se pierda"...

[Oh los ancianos! Soñolientos sauces
doblados sobre el lecho de unos ríos
que abandonaron con los viejos cauces,
ramajes que lamentan sus desvíos].

Tú, reina de las vagas mariposas,
silfa de alitas trémulas que diste
celos a las visiones vaporosas,
Di, ¿por qué tienes la mirada triste?

–Doquier cenizas… Misterioso dedo
marcó su frente con el signo amargo;
acercose risueña y siente miedo
de tus seniles ósculos, letargo–

¡No el antro pavoroso tu pupila
sonde ni pidas voz a su mutismo,
tú la blanca parásita que oscila
sobre las negras fauces del abismo!

Llorad como la virgen israelita
vuestra dorada juventud, estrellas
con cuerpos de mujer donde palpita
todo el encanto de las noches bellas.

Vivís? Agonizáis como las flores
que en el jarrón oscuro de la Tierra
cortadas fueron…
¡Mágicos olores
recuerdos de un capullo; voz que yerra,

por los dormidos cálices; desmayo
en las hojillas de apacible verde:
en un tibio crepúsculo de mayo
vuestra belleza lánguida se pierde!

Llenemos el espacio de gemidos
cantando la canción de los abrojos,
gritemos como gritan los heridos
entre la siega de los lauros rojos;

Gemid poetas! funeraria urna
donde bullen entre gélidos arcanos
–bajo la propia lobreguez nocturna–
los versos como lívidos gusanos:

Ante los orbes que el espacio aleja
en el silencio de la excelsa altura
el mundo cruzará como una abeja
que vaga susurrando su amargura...

LOS CRUCIFICADOS

O crux, ave, spes unica!
A Julio Flórez

Muy negras son tus canas,
oh trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
de camellos?... Dormid al pie del monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del ocaso…

En las nudosas cruces
agonizan los mártires; el brillo
roba el dolor a sus hinchados ojos
que miran a los ámbitos desiertos
con la turbia fijeza de los muertos.

Fueles la tierra dolorosa: en haces
brotó para sus sienes rama indócil
de puntas erizada; clavos fríos
que los frágiles huesos taladraron;
para su cáliz, de amargura lleno,
la vida, –inmensa flor– sudó veneno.

En las cruces nudosas
se retuercen las víctimas, tocadas
de martirio las testas luminosas
por lívidos perfiles coronadas.
Lánguidamente en hilos tembladores
tibia la sangre por su faz chorrea
y humedece los párpados, gotea
sobre la barba que en rojizos grumos,
cual en bronce talladas, se obscurece.
Y de sus cráneos la soberbia roca
no baste ya, con las frementes alas
el grifo luminoso de lo eterno...
Y se enturbió la linfa transparente
de las glaucas pupilas,
claros pozos de lumbre
que del vivir el tedio reflejaron,
y es mudo el labio que de cumbre en cumbre
vibró en la lid relámpagos de acero...
Oh mártires! oh ruinas
que marcásteis el áspero sendero
con gajo alterno de laurel y espinas!

En torno de las cruces
donde murieron las víctimas, aullando
se amontonó la plebe enfurecida
como un tropel de deslomadas hienas.

Y abajo, los zarzales por alfombra,
y arriba, el numen, el amor, la calma;
los mártires, en medio,
rasgando –muertos– la terrena sombra
al blando golpe de su fresca palma.

.....

Oh videntes, oh mágicos cantores!
ahogad el himno, que la cruz aguarda
vuestras manos febriles:
Huid, rompiendo el arpa cristalina,
a refugiaros en las sombras. Llegan
los salvajes de puño sanguinario:
cuando en la viña del furor se anegan,
asesinan a Dios en el calvario!

El verso, cual la tenue lamparilla
que entre las tumbas ocultaba Roma,
alumbre mudo vuestras almas. Hielo
lleváis sobre el espíritu cansado,
y a los libros –el árbol de dolores–
del matador que insulta vuestro duelo
sólo llegan los bárbaros clamores.

Pobres muertos que en hórrida solumbra
durmiendo están: la ráfaga de gloria
sobre sus frentes pálidas no alumbra.
¿Qué importa si mañana el orbe acude,
el orbe acude entero
a recoger los huesos polvorosos
del mártir que murió sobre el madero?
El libro quedará cual leño santo
de seca sangre por doquier teñido…
y a la víctima, en tanto,
sofocara la zarza del olvido.

Muy negras son tus canas,
oh trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
de camellos?... Dormid al pie del monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del ocaso…

En las cruces nudosas
perecerán los mártires. Doliente
el ideal, las alas fatigosas
plegando en el azul, lánguidamente

descenderá sobre la tierra, herido;
y como el genio del silencio mudo,
las almas tristes lo verán caído
sobre el sangriento marco de su escudo...

MOTIVOS

I
A LA MANERA ANTIGUA

No la veréis en el festín riente,
vertiendo luz la túnica de oro:
la belleza es su velo transparente,
y la virtud su divinal tesoro.

Violeta humilde que a la sombra vive,
donde su aroma embriagador consume,
Ella mi oculta adoración recibe,
y aspiro allí su virginal perfume.

Nada valen los nítidos diamantes,
nada, la luz que por oriente asoma,
cuando ruedan dos lágrimas amantes
de sus hermosos ojos de paloma.

Su imagen bella, como blanca nube
que flota en el azul de mi memoria,
ya en alas del ensueño a lo alto sube,
ya besa mi alma, convertida en gloria.

Si volando a la luz no alcanzo el cielo,
si persigo el edén y encuentro el polo,
ella es la cima donde a parar el vuelo
voy tras el huracán, perdido y solo.

Águila soy que destrozó sus alas
en largo batallar con la tormenta,
y ella me ciñe de impalpables galas
y con amor mi corazón calienta.

Si su boca risueña y perfumada
frases murmura de amoroso hechizo,
sucede entre mi ser una alborada
a las tinieblas que su voz deshizo.

Mi noche sólo a atravesar alcanza
de su mirar la voladora estrella;
vivir podré sin fe, sin esperanza,
ah! pero nunca sin su amor, sin ella!...

II
A LA MANERA MODERNA

...Consonnance d'une désolation incomparable.
MAURICE BARRÉS

Venid calladas horas de místico recuerdo,
que en el profundo vórtice de la memoria pierdo
con el naufragio de un ayer!
Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente
el gris del turbio anochecer...

Resurja ya el paisaje cubierto de neblina
que a los fulgores trémulos de lumbre vespertina
mis ojos vieron con amor,
buscando consonancias para mi ser enfermo
sobre la tierra estéril de aquel infausto yermo
lleno de musgos y de horror.

Allí las mustias frentes de los enhiestos montes
tendidos en falange robaban horizontes
con el negror de su capuz;
y yo guardaba el tedio que a imagen de esas rocas
oprime los espíritus con sus heladas tocas
y para el vuelo de la luz!

Un mirto reflejome, de macilentos troncos,
que oyó morir sus hojas entre gemidos roncos
y desamparo nocturnal;
sobre su hendido pecho crece una irídea blanca
que vivirá si un hálito de tempestad no arranca
al viejo amante tropical...

Y vi las muertas aguas donde sus tallos truncos
reclinan tristemente los amarillos juncos
faltos de aliento juvenil;
sobre las aguas gélidas de la dormida charca
un pálido nelumbio que leve brisa enarca
mueve su cáliz de marfil.

Yo cifro el mudo lago de la melancolía
donde nacen los ensueños que viven sólo un día
sin ver la ráfaga estelar;
y entre la urdimbre oscura que su candor agobia
tiembla –nenúfar místico– la imagen de una novia
con fresco nimbo de azahar.

.....

Venid! calladas horas de mágico recuerdo,
que en el profundo vórtice de la memoria pierdo
con el naufragio de un ayer!
Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente
el gris del turbio anochecer.

VOZ MUDA

En un álbum.

Como casto abanico cuyos pliegues recata
una mano de virgen, bajo el broche de plata
estas hojas ocultan su misterio de amor.
Negra oruga que habitas los oscuros tinteros,
encamina tus pasos por lejanos senderos,
y no manches la albura de estas ramas en flor:

Si aparecen tus huellas, en arisca bandada
se levantan los sueños, de la tela manchada,
como grupo de garzas cuando asoma el lebrel;
–deja oír el silencio de las frases no escritas,
roedor alfabeto que al espíritu quitas
tantas fibras sonoras, tanta gota de miel!

Hay un fuego que anima lo inviolado: destella
con el ojo del niño, con la pálida estrella,
áureo lotos errante por el piélago azul;
es el mago que enciende los rubores de grana,
y en el cuerpo desnudo de la Venus pagana
hizo pliegue discreto sobre el diáfano tul.

Lo inviolado es la rama donde forjan ensueños
avecillas gemelas cuyos cálidos sueños
interrumpe la aurora con su grito de luz;
es de sacras abejas la colmena sonora
que atesora las mieles de una rústica flora
en las cóncavas grietas de amarillo sauz;

Lo inviolado es el cáliz de una lívida rosa
donde tiemblan los iris de sutil mariposa,
ágil beso con alas de una flor a otra flor;
Es la rubia pestaña de la virgen que adoro
cuyos ojos cautiva con sus hilos de oro
(leve jaula de halcones con que caza el amor).

Lo inviolado es albura; virginal idioma
donde son cifras el ala de la esquiva paloma
y el oriente opalino de las perlas del mar;
donde riman los cisnes de mullido plumaje
con las nieves del monte, con la espuma salvaje,
y las gasas del alba con el fresco azahar...

Oye pálida virgen, la de negras pupilas,
que en las horas rosadas de las tardes tranquilas
melancólica observas la caída del sol,
si a las hojas sin letra sus misterios arrancas,
hallarás en el fondo de las páginas blancas
la tristeza infinita del plomizo arrebol:

Cantan dulces anhelos bajo el ara bruñida
de esas hojas sin sombra como canta la vida
al través de los velos de eucarístico pan.
Vieja araña del tedio que tu red enmarañas
por la página blanca, cual las negras arañas,
hay allí mariposas: si te acercas, se van!

No allí dejes, oh bardo, tu fatídico acento;
no interrumpas con ayes el callado concento
que alzan tímidas voces de candor infantil;
Bestia humana! no pises con tus cascos hendidos
en las albas corolas de estos prados floridos,
y no lleves tu invierno donde reina el abril...

CROQUIS

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio...
Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho...
Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima oscura
se rompió con estrépito la frente.

Era al amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío:
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
enmudecía la ciudad inmensa!
y me dije: quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
fuiste su ninfa ausente?
eres su novia muerta,
a los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame a solas su pasión secreta:
fue él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,

bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz, inquieta,
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo.....
.....

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima oscura,
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el silex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente...

CABALLEROS TEUTONES

De heroico siglo en apartado día
cruzaba una pareja de Teutones
por las llanuras de la vieja Hungría,
olvidados con noble bizarria,
de escudos, capacetes y trotones.

Tan sólo a sus cinturas eslabona
pesado anillo la marcial tizona
que a sus puños de acero confió el rito:
bajo el limpio metal que la aprisiona
no ha turbado sus sueños el delito.

Ni en baja lid con la mesnada oscura
jamás melló sus filos tajadores
ni de su temple y su virtud segura
se abatió nunca a combatir la impura
falange de malsines y traidores.

Zurda banda de pillos y gañanes
con la pareja solitaria cierra,
que, entre la grita audaz de los rufianes
y al golpe de sus toscos guayacanes,
en sangre moja la manchada tierra.

A destrizar la sórdida gavilla
bastaba la teutónica cuchilla;
pero la ley caballeresca manda
perecer sin defensa en la demanda
antes que herir a gentes de trahilla.

Lustre consigan los honrados fueros,
de la altivez al generoso brote;
a estilo de los bravos caballeros
prefiramos caer bajo el garrote
a mancillar los ínclitos aceros!

OH PAGANISMO!

El párpado sangriento despliega, oh gran vencido!
y a conquistar el Orbe levántate: ya es hora!
que Apolo tienda el arco de punta voladora,
y el éter cruce alada la flecha de Cupido.

Pararon nuestros puños las aguas del olvido
para librar el monte que iluminó tu aurora,
y la perdida línea, del mármol vencedora,
robamos a las zarzas del Partenón caído!

Circunde, oh numen fuerte, tu indómita cabeza
la dórica guirnalda. Devuelve la belleza
a su llorado bosque de mirtos y de palmas;

El hombre gime: arráncalo al espinoso yugo,
sus cálices llenando de aquel extinto jugo
que remozó los cuerpos y deleitó las almas!

EL TRIUNFO DE NERÓN

Al jonio carro uncidos con áspera cadena
los férvidos corceles presienten la fatiga,
y el ojo atento al brazo del coronado auriga,
escarban el estadio, sacuden la melena.

De las broncíneas trompas por la candente arena
la voz el viento expande, que la inquietud mitiga,
y con los ojos fijos en la imperial cuadriga,
el pueblo de la loba los ámbitos atruena.

Sobre el marfil luciente de la carroza erguido,
Nerón la gloria ostenta de su oriental vestido.
Alzando el haz de bridas, con indignada mano.

Vibra la fusta. El grito de la victoria sube...
y entre el dorado cerco de polvorosa nube
se borra el grupo móvil en el confín lejano...

OVIDIO EN TOME

Roma domusque subit, desideriumque locorum
Quidquid et amissa restat in urbe mei.
OVIDIO. *Tristes.*

I
EL PAÍS GÉTICO

Nubes grises de lánguido celaje,
pampa estéril que enturbia la neblina,
rectos picos donde el ábrego domina
y chilla brava el águila salvaje.

Allí bajo los pinos sin ramaje
sueña el cantor de la ciudad latina,
bañado por la lumbre mortecina
que desmaya en las nieves del paisaje.

Es el húmedo reino de lo blanco:
irradia sobre el liquen del barranco
y en el oso felpudo de amplia jeta,

sobre la mar –si en los cantiles choca–
sobre la frente de la calva roca
y en los lacios cabellos del poeta.

II
LA SÚPLICA

Pide a Jove una ráfaga de lumbre
para triunfar sobre el nevado bloque;
pámpano fresco que el erial retoque
y peplo azul para la gris techumbre;

fuentes donde juguetona muchedumbre
de Náyades, el Sátiro convoque,
o egipcio loto que a olvidar provoque
los Siete Montes de dorada cumbre...

Desoye el numen su lamento. Llora
ya recogido a las moradas yertas;
y al contemplar el coronado busto

que en mármol frío la mansión decora,
piensa que el divo de pupilas muertas
le mira sin cesar con ceño adusto!

III
NOSTALGIA

Ya bajo el templo, en holocausto puro,
no veré más –entre virgíneo coro–
doblar mugiendo la cabeza el toro
que en sangre tiña, el pavimento obscuro;

ni en mi jardín de festonado muro
vendrá a mis brazos la mujer que adoro,
el pie cautivo entre sandalia de oro
y al aire el mármol de su seno duro.

¡No vibrará sobre mi tumba el sistro
con voz alegre de estival encanto,
aprendida de pájaros traviesos!

En las calladas márgenes del Istro
el polvo estéril que mojó mi llanto,
¡helado rodará sobre mis huesos!

TURRIS EBÚRNEA

Ábreme, torre de marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la vida
a ti no alcanzan ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni a la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive a tu amparo la belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

Yo –como el ave que Minerva escuda–
quiero en la lumbre de su faz radiosa
apacentar mis círculos de fuego!

HOMERO

Hasta el Olimpo que la tierra llora
subió de tu cantar la melodía
volando en el crepúsculo del día
con voz que a Grecia de laurel decora.

Ávido fuego que la mies devora,
sueltas de Aquiles la pasión bravía,
y los ojos de Eurímaco vidría
la saeta de Ulises vengadora.

Es un invierno tu cabeza. Mancha
un piélago de sombras el camino
que el ritmo puro de tu canto llena;

Verde corona tu perfil ensancha,
y vas –manso cantor de lo divino–
asido al brazo mórbido de Helena...

PIGMALION

En líbico marfil tallas tu sueño
de amor, la ninfa que tu ser exalta,
y entre labios de olímpico diseño
flores de perla tu buril esmalta.

Sufres; el bloque de mirar risueño
donde la fiebre de la vida falta
yace inmóvil; la sangre de tu dueño
bajo las curvas gélidas no salta.

Atiende el cielo tu clamor. "Resurge,"
Apolo clama: la beldad esquiva
tornase carne y a la vida surge;

La besas bajo el ático plafondo,
y entre la red de su pestaña viva
hallas lo azul sin límite ni fondo...

EL CUADRO DE ZEUXIS

Sobre losas de pórfido camina
una frondosa vid; el sol de oriente
los racimos de púrpura luciente
y los húmedos tallos ilumina.

El brillo de las hojas, la divina
locura de los ramos, dulcemente
suspiran por el mármol de una frente
y las jónicas ánforas de encina.

Vierte aromas tu vívida pintura
toda miel, toda luz. ¡Cómo fulgura
esa viña de pámpanos hojosos.

Donde –cautiva de ingenio soberano–
pica las uvas que trazó tu mano
una banda de pájaros golosos!

DECADENCIA

En el paterno muro, condenada
de avaro olvido a la venganza muda,
al cordón polvoriento que le anuda
se enreda la panoplia abandonada.

Largo reposo aletargó la espada
y el casco viejo de cimera ruda;
lima el tiempo la daga que, desnuda,
contuvo al paladín de sien crinada.

¡Pasó la noble estirpe! El hijo enclenque
trueca en establos lo que fue palenque,
las hojas de Damasco en asadores,

Y ve impasible –pues luchar no pudo–
caer deshecho el abollado escudo
del orín a los tajos vencedores!

MOISÉS

I
LA ESTATUA

...Y dijo al mármol: vive! De las entrañas duras
surge el profeta irguiendo su centenario busto
con las pupilas hondas, inmóviles y obscuras
cavadas en el hielo de su semblante augusto.

Las sienes calcinadas del rayo en las alturas,
la planta vencedora del arenal adusto
y de su añosa barba las vividas alburas
la majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Ceñido el rudo torso de piel cedeña, un manto
veló, de níveos pliegues, su gigantez de roble;
con musculosos dedos asió la ley del Santo

Sobre ancha piedra escrita. Y en ademán sereno,
alzada al infinito quedó su faz inmoble,
como escuchando el sordo repercutir de un trueno.

II
EL SÍMBOLO

Salve pujante macho! vigor de primavera
erige en altas curvas tu carne floreciente,
y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera
a Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vio la luz primera,
la sangre de los brutos y la divina mente:
en ti palpita el laveh de la estrellada esfera
y en ti destella el Fauno de la pagana gente.

Eres fuerza, eres alma, eres valor tranquilo;
en ti se humana el cosmos; tus brazos de gigante
saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.

Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo,
si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante,
si desgarró tu mano la noche de los muertos!

SURSUM

Pálido cirio su plegaria reza
delante del altar; un incensario
alza nubes, y llora el campanario...
voluptuoso ambiente de tristeza!

Allí, como el galán de la pobreza,
descansa en el Señor un solitario,
que entre las negras fauces del osario
dejó caer su lánguida cabeza.

.....

¡Dadme a gustar la miel de lo divino,
dadme a leer el viejo pergamino
con sus himnarios de perfiles rojos:

Quiero subir a la impasible altura
donde se ahoga en luz la noche oscura
y mira Dios con sus azules ojos!

BALADA

Al-Mojahed el Califa
de la florecida barba,
aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia;

Al-Mojahed el Califa
de veinte años, en Granada,
sus labios muestra sin color y tiene
los ojos tristes y la frente pálida.

No ya remira sus flores
abiertas al sol de África,
ni los corceles de cabeza enjuta
que devoran el viento de la pampa:

Sobre mullidos cojines
dobla la cabeza lánguida,
que a la luz del crepúsculo semeja
un lívido nenúfar entre agua...

Porque le encienda la vida
hizo venir a su alcázar,
de los confines del oriente, un moro
de ojos de halcón y cabellera blanca.

Y horas después el Califa,
su fría mano apoyada
en el muro, las sordas galerías
de su desierta habitación cruzaba

hasta descubrir el muro
cuyas vidrieras caladas,
a breve altura como el arte pide,
filtran la luz por sus rendijas largas,

de donde ¡sueño fantástico
de los magos y las hadas!
salen brazos desnudos de mujeres
rubias, morenas, amarillas, pálidas.

Parose junto, el Califa,
del primero que asomaba:
era el mórbido brazo de una rubia,
con infantil coloración de nácar.

Tómalo el moro, y al filo
de leve cuchilla, salta
sobre una copa de marfil luciente,
el jugo de la blonda castellana.

Asoma después, más negro
que el ojo de las gitanas
y el tinte oscuro que en dorado fondo
la piel sedosa de los tigres mancha,

el envilecido puño
de una virgen africana;
que al leve araño del cuchillo suelta
undívagas serpientes de escarlata...

Y, como de piedra inmóvil,
teñido con luz de alba,
viene luego la mística figura
de un brazo núbil de belleza casta;

redondo y tibio, le cubre
la pelusa plateada
que brilla sobre el rostro de las vírgenes
y en las frutas caídas de las ramas;

y entre el pulido contorno
de sus carnes frescas, blandas,
como en el mármol del antiguo Abruzzo,
corren menudas venas azuladas.

Ese brazo gime, sueña,
languidece, ríe, canta,
revela en el lenguaje de la línea
la luz de un cuerpo, la visión de un alma…

Y cuando vertió sus púrpuras
entre la copa labrada,
pensó el Califa en los arpones trémulos
que van al cuello de las corzas blancas,

y prosiguió distraído
(la copa ya rebosaba):
"La luz viene de oriente", dijo el moro,
"ruega, que tu salud está alcanzada".

Y al ofrecer al magnate
la honda copa torneada
como un seno, "a que bebas te conjuro,
dijo, el sólo remedio que te salva".

Y al Mojahed el Califa
de la florecida barba,
aguileña nariz y ojos tan negros
como el café de la felice Arabia,

al-Mojahed el Califa
de veinte años, en Granada,
no mostró ya los labios incoloros,
los ojos tristes, ni la frente pálida....

ENVÍO

Si a las mías que la buscan
tu mística mano alargas,
alentará mi espíritu ya muerto
con la frescura de su amor, oh hada!

LA MUERTE DEL CRUZADO

El sol con vivos lampos reverbera
sobre el desierto, y en su luz quebranta
el lomo de Teobaldo cuya planta
paró el dolor en su marcial carrera.

De sed, que lo arde en invisible hoguera,
ceñido lleva el áspid su garganta;
y está muy lejos la colina santa
donde la gloria del Señor lo espera!

Febril delirio ante sus ojos vierte
una nube de turcos; entre escombros,
de corvo alfange se defiende listo;

Y al respirar las auras de la muerte,
mirad –murmura– en mis fornidos hombros
el rescatado túmulo de Cristo!

CIGÜEÑAS BLANCAS

Ciconia pietatis cultrix
PETRONIO

De cigüeñas la tímida bandada
recogiendo las alas blandamente
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente:

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte bajo la cúpula radiante
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

Esas aves me inquietan; en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
al abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro, unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando el sol se despereza,
las lentas agonías de lo blanco.

Con la veste de mágica blancura,
con el talle de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del ensueño.

Y si, huyendo la garra que la asecha,
el ala encoge, la cabeza extiende,
parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul *ebrias de cielo*...

Esas aves me inquietan; en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Y restauro del mundo los abriles
que ya no volverán, horas risueñas
en que ligó sus ansias juveniles
al lento crotorar de las cigüeñas.

Ora dejando las heladas brumas
a Grecia piden su dorado asilo;
ora baten el campo de sus plumas
en las fangosas márgenes del Nilo.

Ya en el Lacio los cármenes de oriente
olvidan con sus lagos y palmares
para velar en éxtasis ardiente
al Dios de la piedad en sus altares.

Y junto al numen que el romano adora
abre las alas de inviolada nieve;
en muda admiración, hora tras hora,
ni canta, ni respira, ni se mueve.

Y en reposo silente sobre el ara,
con su pico de púrpura encendida
tenue lámpara finge, de Carrara,
sobre vivos corales sostenida.

¡Ostro en el pico y en tu pie desnudo
ostro también! ¿Corriste desalada
allá, donde al filo de puñal agudo
huye la sangre en trémula cascada?...

Llevas la vestidura sin mancilla,
–prez en el circo– de doncella santa,
cuando cortó la bárbara cuchilla
la red azul de su gentil garganta.

Todo tiene sus aves: la floresta,
de mirlos guarda deliciosos dúos;
el torreón de carcomida testa
oye la carcajada de los buhos;

la gloria tiene al águila bravía;
albo coro de cisnes, los amores;
tienen los montes que la nieve enfría,
la estirpe colosal de los cóndores;

y de lo viejo en el borroso escudo
–reliquia de volcado poderío–
su cuello erige en el espacio mudo
ella, la novia lánguida del frío!

La cigüeña es el alma del pasado,
es la piedad, es el amor ya ido;
mas su velo también está manchado
y el numen del candor, envejecido.

¡Perlas, cubrid el ceñidor oscuro
que ennegrece la pompa de sus galas!
¡Detén, olvido, el oleaje impuro
que ha manchado la albura de sus alas

Turban sus vuelos la voluble calma
del arenal –un cielo incandescente–
y en el dorado límite, la palma
que tuesta el rojo luminar: ¡oriente!

Tú que adorabas la cigüeña blanca
supiste su virtud? Entristecida
cuando una mano pérfida le arranca
su vagarosa libertad, no anida.

Sacra vestal de cultos inmortales,
con la nostalgia de su altar caído,
se acoge a las vetustas catedrales
y entre sus grietas enmaraña el nido;

abandona las húmedas florestas
para buscar las brisas del verano
y remonta veloz llevando a cuestas
el dulce peso de su padre anciano.

Es la amiga discreta de Cupido,
que del astro nocturno a los fulgores
oye del rapazuelo entretenido
historias de sus íntimos amores:

con la morena de ceñida boca,
altos senos, febril y apasionada,
de exangües manos y mirar de loca
que enerva como flor emponzoñada;

o con la niña de pupilas hondas,
–luz hecha carne, floración de cielo!...
que al viento esparce las guedejas blondas
y es la carnal animación del hielo;

con la rubia de cutis perla y grana,
semítica nariz y azul ojera,
que parece, al través de su ventana,
casta virgen de gótica vidriera...

Esas aves me inquietan; en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la quimera,
atraviesan en mística bandada
en buscado amorosa primavera;

y no ven, cual los pálidos cantores–
más allá de los agrios arenales,–
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de abril, las noches invernales.

Encanecida raza de proscritos,
la sien quemada por divino sello:
náufragos que perecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello.

.....

Si pudiesen, asidos de tu manto,
ir, en las torres a labrar el nido;
si curase la llaga de su canto
el pensamiento de futuro olvido;

ah! si supiesen que el soñado verso,
el verso de oro que les dé la palma
y conquiste, vibrando, el universo,
oculto muere sin salir del alma!

Cantar, soñar… conmovedor delirio,
deleite para el vulgo; amargas penas
á que nadie responde; atroz martirio
de Petronio cortándose las venas…

Oh Poetas! Enfermos escultores
que hacen la forma con esmero pulcro,
y consumen los prístinos albores
cincelando su lóbrego sepulcro!

Aves que arrebatáis mi pensamiento
al limbo de las formas; divo soplo
traiga desde vosotras manso viento
á consagrar los filos de mi escoplo:

amo los vates de felina zarpa
que acendran en sus filtros amargura,
y, lívido corcel, mueven el arpa,
a la histérica voz de su locura.

Dadme el verso pulido en alabastro,
que, rígido y exangüe, como el ciego
mire sin ojos para ver: un astro
de blanda luz cual cinerario fuego.

Busco las rimas en dorada lluvia;
chispa, fuentes, cascada, lagos, ola!
¡Quiero el soneto cual león de Nubia:
de ancha cabeza y resonante cola!

Como el oso nostálgico y ceñudo,
de ojos dolientes y velludas garras,
que mira sin cesar el techo mudo
entre la cárcel de redondas barras,

esperando que salte la techumbre
y luz del cielo su pestaña toque;
con el delirio de subir la cumbre
y de flotar en el nevado bloque:

del fondo de mi lóbrega morada,
coronado de eneldo soporoso,
turbia la vista, en el azul clavada,
alimento mis sueños, como el oso;

y digo al veros de mi reja inmota
pájaros pensativos de albas penas:
¡quién pudiera volar a donde brota
la savia de tus mármoles, Atenas!

De cigüeñas la tímida bandada,
desplegando las alas blandamente,
voló desde la torre abandonada
a la luz del crepúsculo naciente,

y saludó con triste algarabía
el perezoso despertar del día;
y al esfumarse en el confín del cielo,
palideció la bóveda sombría
con la blanca fatiga de su vuelo...

Guillermo Valencia (Popayán, 1873-1943)
Adelantó estudios en el seminario de Popayán y Filosofía y Letras en la Universidad del Cauca. Se vinculó a la política desde muy joven, como diputado y secretario de hacienda de su departamento. De familia conservadora, aspiró dos veces, sin éxito a la presidencia de Colombia. Considerado un humanista, académico, parlamentario y diplomático. Publicó su primer poemario en 1898, que un año después titularía *Ritos* y que reeditó ampliado en Londres, en 1914. Calificado como poeta modernista a partir de su cercanía con Rubén Darío, porque inicialmente, fue parnasianista y simbolista.
Junto a su actividad poética elogiada como de gran riqueza en el manejo del lenguaje y de rigor conceptual, le permitió dar a conocer a sus contemporáneos, a los considerados clásicos poetas de su tiempo, alemanes, franceses, ingleses, griegos y latinos, en un esmerado ejercicio de investigación y de traducción.
En 1898, a los 25 años de edad, cuando publicó *Poesías* se dijo que ya había escrito casi toda su obra poética. Como poeta nacional, tuvo tantos admiradores como detractores, entre estos los jóvenes escritores, Luis Vidales y Luis Tejada quienes se rebelaron contra la escuela modernista, su exotismo y su solemnidad.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País intimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda

52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de náufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somo las horas? Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia

Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en agosto de 2014

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem